

# 100

## motivos

### PARA SER DEL ATHLETIC

(Y UNO PARA NO SERLO)

Eduardo Rodríguez



CIENX100

lecto Le ediciones



• Colección Cien × 100 — 16 •

# 100 motivos para ser del Athletic

(y uno para no serlo)

Eduardo Rodrigálvarez

ediciones  
**Lectio**





Primera edición: octubre de 2014

© del texto: Eduardo Rodríguez

© de la edición:

9 Grupo Editorial

Lectio Ediciones

C/ Muntaner 200, ático 8ª • 08036 Barcelona

Tel. 977 60 25 91 - 93 363 08 23

[lectio@lectio.es](mailto:lectio@lectio.es)

[www.lectio.es](http://www.lectio.es)

Diseño y composición: Imatge-9, SL

Impresión: Romanyà-Valls, SA

ISBN: 978-84-16012-27-5

DL T 1261-2014





## ÍNDICE

Prólogo.....	11
1. Todo el mundo es del Athletic aunque no lo sepa.....	13
2. La <i>skyline</i> del fútbol.....	15
3. Una catedral para ateos.....	17
4. Un árbitro vitoreado.....	19
5. El espectáculo de la gabarra.....	21
6. <i>Twist &amp; shoot, twist &amp; show</i> .....	23
7. Camisetas de importación.....	25
8. ¡Entrenadores del mundo, veníos!.....	27
9. Pentland, el «Camarón» del bombín.....	29
10. ¿Paz sin vino o bombas con vino?.....	31
11. Queríamos ser la India.....	33
12. Pichichi, sangre unamuniana.....	35
13. Música terrenal. La grada compone y canta.....	37
14. La vieja General. Boinas y sombreros, pero todos con corbata.....	40
15. Verde que te quiero verde y por agua que no quede.....	42
16. Una vedette, unos obreros y el Alirón.....	44
17. Cohetes y palomas mensajeras, altavoces del gol.....	46
18. Pelotones antes de la batalla.....	48
19. Churchill, la segunda mejor cabeza de Europa después de Zarra.....	50
20. Gainza, el gamo que regateó a Franco.....	52
21. Athletic-Honved, fútbol en el exilio.....	55
22. Nieve rojiblanca frente al Manchester United.....	57
23. Rompecascos o la mística brutal.....	59
24. Cuando los argentinos jugaban como Panizo.....	61
25. Vírgenes, santos, catedrales y padrenuestros para los más espirituales.....	64
26. Vino, agua de Bilbao y kalimotxo para los más espirituosos.....	66
27. Del DNI al sentimiento.....	68
28. Nacionalismo y Athletic.....	70
29. Se puede ser del Athletic, no ser vasco y no morir en el intento.....	73
30. Y en esto llegó Uriarte.....	75
31. Y en esto llegó Iribar.....	77





Eduardo Rodríguez

32. Apodos con denominación de origen .....	79
33. Arte, sudor y lágrimas.....	81
34. Y en esto llegó Txetxu Rojo.....	83
35. Puntualidad británica en San Mamés .....	85
36. Lezama, o cuando los niños no vienen de París .....	86
37. Ídolos ajenos.....	89
38. Un desierto placentero: un título en 27 años .....	91
39. Una dulce derrota contra la Vecchia Signora.....	94
40. Iribar <i>versus</i> Esnaola, la final contra el Betis.....	96
41. Y en esto había llegado Dani, el futbolista que renunció a ser bancario.....	98
42. El descubrimiento del mercado .....	100
43. Meretrices, taberneros, hosteleros y restaurantes. La Copa en estado puro ...	102
44. La Copa deberían jugarla el Athletic y otro, por decreto ley.....	104
45. Si no tienes entrada para la final, no eres nadie en Bilbao.....	106
46. La guerra de los oriundos .....	108
47. Anónimos con nombres y apellidos .....	111
48. Y en esto llegó Clemente .....	113
49. Y en esto llegó Sarabia .....	116
50. Y en esto llegó el lfo padre.....	119
51. La Liga, una hora antes en Canarias .....	121
52. La Liga, en San Mamés y contra la Real.....	123
53. Ronnie Allen y los <i>cazeros</i> .....	125
54. La iglesia maradoniana y el asunto Goikoetxea .....	128
55. Y en esto había llegado Zubizarreta y se había ido.....	130
56. Kendall, el último mster inglés.....	132
57. Inglaterra debuta contra un equipo en San Mamés... y gratis .....	134
58. Una foto de San Mamés en Maracaná .....	136
59. La rosa frente al gallo .....	138
60. Heynckes, el buen alemán.....	140
61. Y en esto llegó Guerrero, el primer fenómeno mediático del club .....	143
62. Una bronca en Tblisi.....	145
63. Sarita Estévez .....	149
64. La mujer en el Athletic.....	151
65. Ser de Forges, de Pinilla, de Atxaga, de Leguineche o de Bernaola .....	153
66. Y en esto llegó Joseba Etxeberria .....	156
67. Los Rolling en San Mamés. Satánicos en la catedral.....	158
68. Una filosofía molesta .....	160
69. Pureza rojiblanca, extranjeros en el Athletic.....	162
70. Trampas al solitario... ..	164
71. ... pero la historia continúa.....	166
72. «Torriñas, laburus, sapisapis», el otro acento de la mística .....	168
73. Luis Fernández o el irreverente que toreó con una ikurriña .....	170
74. Darío Urzay y su nueva camiseta, otro irreverente.....	172
75. Solidario por necesidad y por virtud .....	174





100 motivos para ser del Athletic

76. Y en esto llegó Llorente ..... 176

77. Mirar al descenso a los ojos y no llorar ..... 178

78. Toquero, principito en Valencia ..... 180

79. Bielsa, el pibe que resucitó la autoestima ..... 182

80. Un orgasmo en Manchester ..... 184

81. Aplausos... al público..... 186

82. El Athletic tampoco camina solo..... 188

83. Champán y percebes antes de la victoria... o de la derrota..... 190

84. Y en esto llegó Gurpegui..... 192

85. Valverde, el hombre tranquilo..... 194

86. Camisetas rojiblancas para el frío..... 197

87. Bufandas rojiblancas para el calor..... 199

88. Peregrinación al viejo San Mamés..... 201

89. ¿Quién no quiere entrenar al Athletic?..... 203

90. Fuera del Athletic hace mucho frío ..... 205

91. Se busca a quien no tenga o haya tenido una camiseta del Athletic ..... 207

92. En el nombre del padre, de la madre, del abuelo, de la abuela... ..... 209

93. Un club generoso: el último gol del viejo San Mamés y el primero  
del nuevo no los marcó el Athletic..... 211

94. ¿Quién ha construido un nuevo campo en el centro de una ciudad pequeña? ...214

95. Un equipo para toda la semana ..... 216

96. Cuando todos los niños eran del Athletic ..... 218

97. Cuando (casi) todos los niños son del Athletic..... 220

98. Cuando es casi imposible no ser del Athletic..... 222

99. ¿Qué ha hecho el Athletic que no hayan hecho los demás? ..... 224

100. El infierno feliz ..... 226

Y un motivo para no ser del Athletic ..... 228





## PRÓLOGO

Probablemente, los sentimientos carecen de motivos. Si acaso, tienen argumentos que se elaboran a posteriori porque una de las manías del ser humano es buscar explicación a todo lo que siente, a todo lo que le influye, a todo lo que recuerda.

Cosas del maldito cerebro... Porque ser del Athletic, por ejemplo, quizás no tenga explicación alguna o porque el fútbol, en sí mismo, no responde a planteamiento alguno y por eso llevamos más de un siglo tratando de explicar por qué pasa lo que pasa y qué pasa por la cabeza de un futbolista al lanzar un penalti. Como resulta a todas luces imposible adivinarlo, ahí seguimos agitando las neuronas en busca del huevo *kinder* que esconda el meollo de la cuestión. Si no entendemos lo que hacen los demás, ¿cómo explicar lo que sentimos nosotros mismos ese día, ese partido, en esa jugada? Hay quien se agarra a la estadística, a un clavo ardiendo o a un gol inédito. Ése es el meollo de la cuestión.

Pues no hay meollo, señores, hay un bollo enorme, un albondigón (como llamaba Julio Caro Baroja a los periódicos) en el que intervienen tantos ingredientes que es imposible identificarlos a todos. A unos el Athletic nos sabe a turrón de Navidad; a otros, a natillas con canela (que decía Serrat); a bota de vino; a viento sur; a un Bilbao en el que llueve, llueve y llueve; al barrillo de San Mamés; al runrún de los porteros; a la frente despejada de Zarra o a la melena rubia de Julen Guerrero; a eusquera y a castellano; a tantas cosas que tras tantas mezclas de sabores te devuelven al minimalismo de los sentimientos. Pasa como con los helados de morcilla, que al final te acaban sabiendo a barquillo.



Para salir del atolladero, no hay mejor camino que la historia, la personal, la que uno ha vivido sin apuntarla en libreta alguna ni guardarla en ninguna copia de seguridad, muchas veces inexacta, pero siempre sincera. Nada se explica mejor que lo que uno ha vivido. Por eso lo que viene a continuación tiene puño y letra para explicar por qué y por quiénes se es del Athletic. Pero no tiemble el lector ante el temor de encontrarse con una hagiografía rojiblanca. Aquí no hay más santos que san Mamés, del que no hay constancia de que le gustara el fútbol. Aquí hay personas de carne y hueso, cosas, hechos, emblemas, pasiones, tristezas, grandezas y pequeñeces que pretender hilvanar el traje rojiblanco, un traje cotidiano sin abalorios de gala, para moverse por el sentimiento del fútbol con la agilidad de una ardilla. Nada sería más hermoso que convertir la historia del Athletic en el traste de una guitarra flamenca. Algo incomprensible, pero que suena bien, magníficamente bien.

Y observará también el lector que Inglaterra es un presente continuo aunque quien esto suscribe sea más afrancesado que los donostiarras. Pero Inglaterra y Bilbao se han casado tantas veces que comparten anillos de hierro. Bilbao no se entiende sin el modelo inglés, aunque en tantas cosas el Athletic lo haya superado y en otras sea deudor de su influjo.

Tampoco es un acto de proselitismo, algo que advertirá el lector en cuanto lea el primer capítulo de este libro y el último, porque la fe rojiblanca es universal e imperecedera. Estos *100 motivos para ser del Athletic* son, por ello, un auto de fe lleno de razones. Un contrasentido, es cierto. Pero si Dios es redondo, como escribió Juan Villoro, no seré yo quien le lleve la contraria. No seré yo quien contraríe un sentimiento.



## 01 / 100

### TODO EL MUNDO ES DEL ATHLETIC AUNQUE NO LO SEPA

Aquel día en el Aula Magna de la Universidad del País Vasco, en Leioa (Vizcaya), a José Julián Lertxundi, entonces presidente del Athletic, un estudiante le lanzó una reflexión envenenada. «Ustedes hablan mucho de la filosofía singular del Athletic, pero trajeron ingleses para jugar en el equipo.» Lertxundi, que era y es un dandi en el vestir y en el hablar, respondió sin inmutarse: «Nosotros no trajimos ingleses, nosotros trajimos el fútbol.» Sólo por eso, por ese débito particular con este deporte, todo el mundo debería ser del Athletic o tenerlo al menos como segundo equipo de afinidad (junto al Recreativo de Huelva), y por eso todo el mundo realmente lo es, aunque no lo sepa. Porque sin aquellos pioneros, el fútbol habría comenzado mucho más tarde y quién sabe si de peor manera. Porque, además, Mac Lenan, Walter Evans, Langford, Davies, Cockram, Mills, William Llewellyn Dyer, Graham, Burns, Smith, Slopp, Martins, Veitch o el francés Cazeaux, entre otros, no eran sino bilbaínos que habían decidido, ejerciendo en buena lid su condición de tales, nacer en Gran Bretaña o Francia para traer las últimas noticias del mundo industrializado a una ciudad, y a un país, que había descubierto el humo de las chimeneas y la dureza del hierro como el metal precioso del siglo XIX.

Todos estos «bilbaínos» nacidos en Gran Bretaña por decisión personal e indiscutible vivían en Bilbao al socaire de las minas, de la ingeniería, del comercio, especialmente en las zonas lujosas que asomaban por la costa vizcaína desde la que divisaban en la otra ribera a los obreros que extraían el preciado elemento que acabaría después en las urbes británicas. Pero todos traían entre los pies una cosa



redonda, cosida a dentelladas, con costurones que abrían la frente sin necesidad de bisturí y la única anestesia de algo a lo que ellos llamaban *goal*. Era el balón, *la vieja* —como dice Di Stéfano—, pelota, esférico, pelotón y demás traducciones literarias o periodísticas a lo que en principio y desde siempre fue el *ball*. Al deporte que ellos practicaban con esa cosa redonda lo llamaban *football*, porque se jugaba con los pies, aunque la definición más correcta hubiera sido, entonces, *headball*, porque prioritariamente se disputaba con la cabeza, pero, a fin de cuentas, la primera jugada del fútbol, la única que no ha variado, es la primera de cada partido, cuando un futbolista pone el *ball* en juego y lo hace con el pie.

El caso es que esa pandilla de ingleses, y otros de los que no hay constancia histórica, comenzaron a practicar ese juego diabólico en una de las márgenes de la ría por el centro de Bilbao, hasta el punto de que la zona fue rebautizada como «la Campa de los Ingleses». Y quiso la conjunción astral que a un bilbaíno se le ocurriera publicar un anuncio en *El Noticiero Bilbaíno* convocando a los locales a un reto contra los ingleses con ese artefacto que más parecía el precursor de un misil programado para estallar en las porterías. El partido se disputó en Lamiako un 3 de mayo de 1894 con notable paliza inglesa a los aprendices bilbaínos. Seis *goals* a cero (otras fuentes dicen que cinco, ¡qué más da!) dieron el pistoletazo de salida a este juego llamado fútbol, aunque cuenta la leyenda que los ganadores invitaron a la parroquia local a pollo asado para compensar su disgusto. En Bilbao, como todo el mundo sabe, los acuerdos se alcanzan comiendo.

Pero el gusto era nuestro. Aquel día esos bilbaínos nacidos en Sheffield (donde se creó el primer club de *football* del mundo), Londres, Birmingham, extrarradios todos de Bilbao, nos enseñaron a jugar al fútbol, a descubrir las virtudes del balón, a llenar el campo (aquel día hubo mucha gente, según relatan las crónicas), a divisar la grandeza de un juego muy simple. Aquel día, ellos no lo sabían, había nacido el fútbol y el Athletic. Sólo por eso, todo el mundo debe ser del Athletic, no en vano en aquel lugar, donde nació el fútbol en nuestro país, hoy se levanta el Museo Guggenheim, un regalito de Bilbao para festejar aquel bautizo.



## 02 / 100

### LA SKYLINE DEL FÚTBOL

La *skyline* del fútbol ha tenido siempre forma de arco. Ninguna de las maravillosas estructuras que hoy adornan los nuevos estadios se ha acercado, ni por asomo, a la revolucionaria imaginación de los arquitectos Carlos de Miguel, José Antonio Domínguez y Ricardo Maldonado junto al ingeniero de caminos Carlos Fernández Casado, cuando suspendieron la tribuna principal de San Mamés de un arco para evitar las columnas y favorecer la visión del espectáculo. Ninguno de los cuatro sabía —tampoco el arquitecto Manuel María Smith, que diseñó el campo original en 1913— que estaban construyendo un santuario, una caja de Pandora, una catedral o como se le quiera llamar, que iba a dar la vuelta al mundo durante todo un siglo. Ninguno pensaba que cuatro paredes y un arco iban a medir el palpito del fútbol y convertirse en el referente de Bilbao mucho antes de que Frank Gehry soñara siquiera con construir el Museo Guggenheim que hoy inunda las postales de la villa.

San Mamés, el original, con balaustradas y palquitos, el de madera, y luego el de cemento; el de 3.000 espectadores, el de 9.000, el de 40.000 y el de ahora de 53.000 (cuando se acabe) siempre ha sido mucho más que un estadio de fútbol (no confundir estadio con club, no procede). Porque si el arco marcó la línea del cielo, lo importante es lo que sucede en la tierra. Lo dijo Marcelo Bielsa con las palabras justas: «Lo que hace histórico a un estadio no es la arquitectura, sino lo que pasó allí», y lo tradujo al momento concreto su amigo Pep Guardiola cuando afirmó que «San Mamés es tan intenso que todo parece que pasa dos veces». Sammy Lee, un rubiales bajito nacido en Liverpool que hizo las delicias de Anfield, llegó a decir que San Mamés



«ha sido el mejor campo en el que he jugado». Y otro *desconocido* británico, un tal Kevin Keegan, afirmó en 1982 que hubiera deseado que la final del Mundial «se hubiese jugado en San Mamés».

La mística del Athletic, es decir del fútbol, se encarna en la madera y el cemento de un estadio, de tal modo que la arquitectura se hace carne y no se sabe bien cuál es el marco y cuál es el cuadro. Porque no se trata de partidos ganados, títulos conseguidos, medallas que cuelgan como antiguallas militares, sino de una percepción del fútbol que va más allá del éxito o del fracaso. A San Mamés se puede (y se debe) ir a ver un partido de fútbol o simplemente a ver San Mamés, a escuchar el latido del estadio, a oler sentimientos como quien huele los aromas de un vallejo o de un desierto. Es decir, se puede ir a ver y mirar, a cantar y a escuchar, a celebrar un gol con el mismo placer que se celebra un córner.

Por eso es inconcebible un Bilbao sin San Mamés, como dijo Luis Fernández, «porque sería como un París sin Torre Eiffel», y probablemente tampoco se puede concebir el fútbol sin San Mamés. Es por ello, como dijo Michael Robinson, que «San Mamés debería ser eterno». Probablemente lo sea, pase lo que pase en el futuro. No en vano hablamos del único campo, el viejo, que había acogido todos los partidos de la Liga en Primera División desde que se creó la competición. Luego, lo que allí pasó fue mucho, o quizás se podría decir que fue todo. ¿Anfield? La respuesta la dio Michel, un madridista de pro: «Lo que verdaderamente impresiona es estar en el túnel de San Mamés y oír el himno.» Así que conviene decir a los amantes del fútbol lo que Valdano les dijo a los jugadores del Tenerife en su último partido como entrenador del equipo isleño: «Háganle honor a este estadio.» Pues eso. A fin de cuentas, por el precio de una entrada «las cosas pasan dos veces». ¿Quién da más?



## 03 / 100

### UNA CATEDRAL PARA ATEOS

Lo bueno de la historia primigenia es que no esté documentada: es la única forma conocida de que no se repita o, si ocurre, no tener que apelar a errores antiguos para explicarla y relajarse en la complacencia o el destino. Si la filosofía, ese intangible que define lo posible y lo imposible, no está escrita en manuscrito o mecanografía algunos, el hecho de que a San Mamés se le llame *la Catedral* pertenece a la historia popular de un club, y de un país, muy dado a la literatura oral. Cuenta la leyenda (y no me refiero a la del indiecito guaraní que se encontraba encaramado en un árbol) que lo de llamar *la Catedral* a San Mamés surgió por la proliferación de un dicho, chiste o chascarrillo relacionado con la ubicación del campo en lo que era la ermita de San Mamés. «¿A dónde vas: a la ermita?», dicen que preguntó alguien. Y alguien le contestó: «¡A la ermita no, a la catedral!». Seguramente fue así de ocasional. Seguramente lo inventó alguien sin ánimo de lucro y su ocurrencia fue repetida, engrandecida y aumentada hasta nuestros días. De la ermita se pasó a la catedral y de ahí a la catedral del fútbol español, quizás la mundial, vistas las reflexiones de sus visitantes.

Fuera como fuese, que nunca se sabrá, espero, la condición tenía más que ver con la magnitud que con la fe, de tal forma que la Catedral poco tuvo que ver, en sus orígenes, con la traslación de una justa medieval a la competencia de once aldeanos contra el mundo. Lo parece, pero no lo era. La Catedral fue una concepción atea, por más que en aquellos tiempos la religiosidad imperase en el ambiente. Vale que algunos se agarraran a la condición religiosa de la Catedral, a la denominación del campo, San Mamés (el santo al que los leones





Eduardo Rodríguez

—quizás ahítos— se negaron a devorar), al origen ermitaño del campo por proximidad geográfica, a que una portería se llamase *de la Misericordia* (que era donde el Athletic marcaba más goles) y a otra *la de Capuchinos*, que era donde el Athletic encajaba menos goles) o que hasta hace poco tiempo se rezase el padrenuestro antes de los partidos. Vale que los creyentes se agarrasen al oficio de la fe, pero vale por igual que la Catedral fuera una metáfora de la grandiosidad del juego o San Mamés sirviera como excusa para apodar a los rojiblancos (antes blanquiazules) como *leones*, o que las tribunas fueran cambiando con el paso del tiempo y la de Misericordia fuera la Tribuna de Garay (porque la financió el traspaso del central rojiblanco al Barcelona en 1960), y la de Capuchinos se convirtiese en la de Ingenieros por su cercanía a la mítica Escuela Superior. Estaba claro que un club secular debía secularizarse y la mejor manera que halló fue que convivieran las cuatro tribunas, siendo sólo dos en una versión civil del milagro de los panes y los peces.

Vale que desde el principio hasta ayer, y seguramente hasta mañana, la ofrenda a la Virgen de Begoña, patrona de Vizcaya, que se repite antes de cada inicio de temporada, sea una concesión a tiempos remotos, en un país, un territorio que ha convertido sus tradiciones en un auto de fe. Pero vale también que el dios Baco, tan pagano él, esté siempre presente en las tribunas como parte de la liturgia futbolística y que ha elegido siempre la calle para festejar sus éxitos o para purgar sus fracasos.

Así que por el metabolismo de la Catedral fluyen por igual la sangre religiosa y la atea. De hecho, el santo más verdadero es humano por los cuatro costados. Los visitantes de San Mamés veneran, por tradición, el busto de Rafael Moreno Aranzadi, alias *Pichichi* (del que hablaremos después, porque nobleza e historia exigen mayor detenimiento), y no de San Mamés o de la Virgen, reservados al cultivo espiritual de cada uno. Pero la fe futbolística, en cualquier caso, es inalterable. Dice el chiste que encontrándose un vasco y un no vasco, le dijo el segundo al primero: «¿Y tú de quién eres: del Athletic?» «No, yo no», dijo el vasco. «Ah, entonces eres de la Real», afirmó el segundo. «No, ¡qué va!, tampoco», dijo el vasco. «Ah, entonces eres ateo.» Pues eso...





04 / 100

## UN ÁRBITRO VITOREADO

Tan insólito fue el hecho que ni siquiera está claro el protagonista. Fue algo real, pero parece una leyenda que según quién y dónde la cuente va girando como los planetas. Lo cierto es que en la famosa temporada 1976-1977, que acabó en la final de la UEFA disputada frente al Juventus (que aparecerá a menudo en las siguientes páginas), el Athletic se enfrentó al Basilea en la segunda eliminatoria, tras golear al Újpest húngaro en el partido más memorable de Amorrortu. Los suizos no eran lo que ahora son, sino un grupo de aficionados que, sin embargo, llegaron a Bilbao con más *prima* que los rojiblancos por eliminarles (Suiza, dinero, ¿les suena?). Ocurría que en la ida, en Suiza, el partido había concluido 1-1, lo que daba esperanzas a ambos. En la vuelta, el Athletic venció 3-1 con goles de Villar y Carlos (2), y cumplió las previsiones.

Hasta ahí todo normal si no fuera por un hecho singular, más propio de los inicios del fútbol que del fútbol profesionalizado. En aquellos lejanos tiempos, eran habituales los gestos quijotescos, cuando todo era *amateur* y el público entendía el fútbol como un festejo sin más trascendencia que pasar la tarde. El partido acabó y lo propio era el aplauso final a los protagonistas, pero el aplauso fue para una especie singular, el árbitro, habitual recogedor de insultos, improperios, desafecciones y culpas porque «no hay ninguno bueno» (frase repetida hasta la saciedad en cada estadio). Al término del encuentro, el público ovacionó tanto al colegiado que éste tuvo que volver al campo a devolver los aplausos del público. Se dirá que todo fue posible porque el Athletic ganó y eliminó al conjunto suizo. Pero lo cierto es que lo hizo en pura legalidad, en plena supe-





Eduardo Rodríguez

rioridad y sin dudas que lo ensombrecieran, como reconocieron los jugadores-aficionados suizos.

Y ¿quién fue el ángel despedido con trompetas celestiales, el mirlo blanco vestido de negro? Aquí el asunto se complica. A pesar de que hablamos de 1977, o sea, la edad moderna, nada de pleistoceno, aparecen tres nombres en las referencias estadísticas. Todo hace pensar que el mirlo blanco fue Patrick Partridge, inglés, que luego fue presidente de la Asociación Inglesa de Árbitros de Fútbol. Así figura en la historia oficial del Athletic, aunque en algunos medios se citaba a Pabridge (probablemente alterando algunas letras del apellido) y en otros a un tal Benthaus.

Fue Partridge, un inglés, a quién si no le iba a dedicar el público de Bilbao una colección de aplausos. Según las crónicas, permitió el juego duro, pero no la violencia. Es decir, eso que se denomina aún hoy arbitraje inglés. Y eso gustaba y gusta en Bilbao, aunque hoy sería impensable que en algún estadio se despida al árbitro con aplausos. Salvo que haya pitado tres penaltis al de casa y expulsado a tres futbolistas al de fuera. Probablemente, ni así el mirlo sería blanco.